

## FENG SHUI

---

Había leído en algún tratado sobre *feng shui* que es un grave error colocar un espejo que refleje nuestra figura mientras se está en reposo o se duerme. Unos principios que el decorador de aquel hotel parecía desconocer por completo. A pesar de la tenue iluminación de la estancia, percibía con claridad sus rasgos. Ni siquiera la postura, un poco recostado sobre la pila de almohadas, y los whiskies que había bebido conseguían que pareciese relajado. Su cuerpo se veía tenso, y el rostro pálido, unido al modo en que con ambas manos sujetaba el vaso casi vacío sobre el pecho, le hacía parecer un cadáver expuesto en un velatorio. Pensó en Álvaro sobre la mesa de acero. Nada más verlo había tenido la certeza de que no era él. Fue tan fuerte la sensación que llegó a volverse para decírselo al capitán de la Guardia Civil que, respetuoso, se mantenía un par de pasos a su espalda junto al técnico que, seguramente más solemne que de costumbre por la presencia de la autoridad, había deslizado la sábana que cubría el cuerpo y la había doblado sobre el pecho como un embozo, y que después retrocedió hasta situarse junto al guardia.

El rostro de Álvaro aparecía céreo y, no supo si por efecto de la luz, un poco amarillento, como una máscara del hombre que había sido. Se había quedado allí, detenido, consciente de la presencia del capitán a su espalda y sin saber qué hacer. Estuvo a punto de preguntar si podía tocarlo, pero supo que no lograría hacerlo, ya no podría volver a besar jamás aquel rostro que se había transformado en una bur-

da copia del que amó y comenzaba a desaparecer ante sus ojos. Aun así se forzó a mirar, consciente de que su cerebro se negaba a reconocerlo en un obstinado intento de rebatir su muerte. Algo no funcionaba. No lograba ver lo que estaba ante su vista y, por defecto, se revelaban ante él los detalles con una crudeza extraordinaria. Su cabello, un poco largo, mojado y peinado hacia atrás. ¿Por qué tenía el pelo mojado? Las pestañas curvadas y salpicadas de gotas, pegadas entre sí por la humedad. Los labios pálidos y un poco entreabiertos. Un pequeño corte sobre la ceja izquierda cuyos bordes aparecían limpios y demasiado oscuros. Y nada más. Le torturaba la monstruosidad de la perversa anomalía que le mantenía impertérrito como un observador ajeno, aunque consciente de la presión sobre sus pulmones, que cada vez era mayor y más difícil de soportar.

Deseaba llorar. Sabía que en algún lugar en su interior las compuertas que retenían el llanto estaban resquebrajadas, que en cualquier momento las sólidas paredes que contenían toda aquella angustia se desmoronarían. Pero no podía. Y eso le desesperaba, era como querer respirar sin pulmones boqueando litros de oxígeno que no tiene a donde ir. Quería romperse, quería morir. Pero allí estaba, detenido como una estatua incapaz de encontrar en su interior la llave que abría la celda donde duerme el dolor.

Entonces vio la mano de Álvaro. Asomaba bajo la sábana que lo cubría dejando a la vista los dedos largos, morenos y fuertes. Las manos de los muertos no cambian. Yacen llenas de las caricias contenidas, entreabiertas, desmayadas, como en reposo. La tomó entre las suyas para percibir el frío que desde la mesa había trepado por las puntas de los dedos dejándolos ateridos. Aun así era su mano. Un lugar amado. Sintió la suavidad de la piel, que contrastaba con la de las palmas, sorprendentemente curtidas. «Debes de ser el único publicista con manos de leñador», solía decirle. Y mientras le alzaba la mano para llevársela a los labios sintió cómo la compuerta del dolor explotaba en pedazos tan pequeños que

nunca podría recomponerlos, y la riada, como un tsunami de barro y piedra, se abría paso arañando los estrechos límites de su alma. Llegó a rozar la piel helada con los labios, reparando entonces en la marca blanquecina que delataba el lugar en el que durante tantos años había llevado la alianza. Se volvió hacia el funcionario.

—¿La alianza?

—¿Perdón, señor? —El técnico se adelantó un par de pasos.

—Llevaba una alianza.

—No, señor. Yo me encargo de esas cosas antes de que llegue la forense. No llevaba ninguna joya, excepto el reloj. Está junto a sus pertenencias. ¿Quiere verlas?

Dejó con suavidad la mano de Álvaro bajo la sábana y la cubrió para no verla.

—No —respondió mientras rebasaba a los dos hombres y salía de la sala.

Vertió una nueva ración de whisky, se llevó el vaso hasta los labios y el olor de la bebida fue suficiente para asquearle. Lo devolvió a su lugar sobre el vientre y se miró en el espejo por encima de los bordes de cristal del vaso.

—¿Por qué? —preguntó al hombre del espejo.

El tipo no respondió, aunque conocía la respuesta.

Tres años atrás. La muerte del padre y a los pocos días la del hermano. La tristeza de Álvaro y las llamadas que no podía contestar delante de Manuel. Cinco días de infierno, un regreso de vacío, las náuseas, el insomnio, la seca, durante meses... Y todo sustentado en una mentira que ni siquiera había llegado a serlo, porque él, con su estúpida promesa, le había proporcionado la coartada para no tener que falsear la verdad. Alzó de nuevo el vaso y, apresurado para contener la arcada, apuró el contenido, miró al hombre del otro lado y preguntó:

—¿Confías?

Esta vez el hombre del espejo le miró con infinito despre-

cio. Alzó el vaso y se lo arrojó, rompiendo su mueca en afiladas astillas.

Apenas cinco minutos más tarde llamaban a la puerta. Era de esperar, el estruendo de los cristales rotos había sido tremendo y no estaba tan borracho como para no darse cuenta ni como para no arrepentirse inmediatamente de haberlo hecho. Lo más probable era que le invitaran a marcharse. Fue hacia la puerta, acordándose de abandonar por el camino la botella que llevaba en la mano y dándose tiempo para inventar una excusa plausible mientras maldecía el modo urgente y descortés con que todo el mundo llamaba ese día a su puerta.

Abrió sólo una rendija, lo suficiente para ver al camarero y al recepcionista del hotel, y para evitar que ellos vieran el interior de la habitación.

—Buenas noches. ¿Se encuentra bien, señor?

Manuel asintió esperanzado, después de todo era un hotel de cinco estrellas.

—Los huéspedes de las habitaciones contiguas se han quejado de un fuerte estruendo.

Manuel apretó los labios compungido.

—Sí, me temo que he tenido un pequeño accidente doméstico con el espejo de la habitación. Es por el *feng shui* —inventó sobre la marcha mientras se daba cuenta de que estaba muy borracho.

—¿El *feng shui*? —preguntaron los empleados a coro.

—Es una doctrina oriental sustentada en lograr el equilibrio del hombre y su hábitat —dijo mirándolos muy serio.

Los dos hombres le observaban desconcertados. Tuvo que reprimirse para no sonreír.

—No puedo dormir con un espejo entorpeciendo el flujo de mi energía, es realmente nocivo, me sorprende que en un hotel como éste no lo tengan en consideración. Intenté desplazarlo de su sitio para dejar fluir las potencias vitales y... No pasa nada, correré con los gastos de su restitución, pueden cargarlo a mi cuenta.

—Por supuesto —asintió el recepcionista de modo áspero.

—Si me permite, mandaré a alguien a limpiar —dijo el camarero adelantándose un paso.

Manuel aseguró la puerta.

—Miren, estoy muy cansado y ya me estaba acostando...

—Se ha cortado en el pie —dijo el hombre, y señaló hacia el suelo.

Bajó la vista y vio que en efecto tenía un corte en el talón que manchaba la moqueta.

—Pues me haré la cura y me acostaré.

—Está manchando la moqueta. —El recepcionista señaló lo obvio.

—Pues pagaré también la moqueta —respondió brusco.

—Por supuesto —añadió el recepcionista.

Cerró la puerta ante su cara. Accionó el interruptor general de la luz y miró al interior de la habitación. Un sendero de huellas sangrientas dibujaba el torpe recorrido de sus pies descalzos desde el montón de cristales a los pies de la cama hasta la entrada, y un oscuro panel era ya el único recuerdo en la pared donde antes estaba el espejo.

—*Feng shui* —murmuró—, qué puta mierda.

Una fuerte náusea le sacudió el estómago, entró en el baño manoteando el interruptor de la luz y resbaló en el suelo cerámico, sobre su propia sangre, se torció el tobillo y se precipitó al suelo. Vomitó.

## EL FACTOR VULNERABLE

---

Tenía treinta y siete años y seis novelas publicadas cuando conoció a Álvaro. Promocionaba *Lo entregado al no y*, durante los tres fines de semana de la Feria del Libro de Madrid, que se prolongaba desde finales de mayo hasta mediados de junio, estuvo firmando ejemplares.

La primera vez que le vio ni siquiera se fijó en él. Le firmó el libro un sábado por la mañana y cuando por la tarde regresó y Manuel abrió por la página donde tenía por costumbre poner su dedicatoria sonrió sorprendido.

—Pero si ya te lo he firmado...

El joven sonrió también sin decir nada, y Manuel reparó por primera vez en él. Pensó que aparentaba menos de treinta, el pelo castaño le caía ladeado sobre los ojos grandes, brillantes, de chico listo. La sonrisa pequeña, educada, el gesto prudente. Le tendió la mano sólo para sentir la suya, firme y morena, y quedó atrapado en el modo en que musitaba un «gracias» que se dibujó en su boca húmeda y apenas en su voz, que se perdió entre el barullo de la megafonía de la feria y los otros lectores que le apremiaban a avanzar. Cuando regresó el domingo por la mañana le miró sorprendido aunque no dijo nada, pero cuando por la tarde volvió a dejar el libro frente a él la sorpresa inicial se tornó en sospecha. Debía de tratarse de una broma, una cámara oculta con el propósito de reírse de él. Firmó el libro muy serio y se lo tendió escrutando en su mirada para hallar la señal de la burla.

Mañana y tarde cambiaba de puesto de firma bajo el aus-

picio de distintas librerías, y en cada una Álvaro volvió a visitarle con su libro bajo el brazo. En cada ocasión el humor de Manuel experimentaba cambios que iban de la sorpresa inicial a la sospecha, de la curiosidad a la diversión del juego que le mantenía en vilo, esperando a la vez que regresase y que no lo hiciese más. Transcurrió lenta la semana en la que en más de una ocasión se sorprendió pensando en el insistente afán de aquel lector, pero para el siguiente sábado había olvidado el percance y cuando le vio de nuevo frente a él quedó mentalmente aturdido.

—¿Por qué? —acertó a preguntar mientras sostenía el libro que le tendía.

—Porque quiero que me lo firmes —contestó como si fuera obvio.

—Pero ya te lo he firmado —dijo confuso—, ésta es la quinta vez...

Álvaro se inclinó hacia él para evitar que los que esperaban en la cola pudieran oírle. Sintió cómo los labios de aquel chico le rozaban levemente el pelo.

—Soy yo —dijo—, por eso a mí tendrás que firmármelo una vez más.

Manuel se separó, turbado, y le observó el rostro tratando de recordar cuándo se habían conocido.

—¿Tú? —preguntó desconcertado mientras leía su nombre de nuevo—. ¿Álvaro?

Él asintió sonriendo y se alejó tranquilamente.

Manuel no era ningún monje. Su decisión de no dejar que nadie fuera tan importante como para que le doliera no era estorbo para tener relaciones, amigos de ida y vuelta, gente que jamás se quedaba a dormir, que jamás se quedaría a vivir. Al día siguiente junto a su firma escribió su número de teléfono.

Pasó toda la semana esperando la llamada que no llegó. Mientras, todo tipo de teorías se mezclaban entre las posibilidades; que de algún modo se hubiera sentido ofendido, que ni siquiera mirase las dedicatorias que le escribía cada vez

que acudía a las firmas, que como parte del juego cerrara el libro sin siquiera prestarle atención.

Sin conseguir sacarlo ni un momento de su mente aguardó ansioso la llegada del sábado. Comenzó a las doce una firma que duraría hasta las dos, los lectores se iban sucediendo ante él, uno tras otro, escribía dedicatorias o posaba para fotos que nunca llegaría a ver y esperaba... A última hora de la mañana levantó la mirada y le vio en la fila. Su corazón casi perdió un latido. Cuando Álvaro llegó hasta él, Manuel apenas podía disimular su inquietud. Había decidido ya que iba a decirle algo, a proponer un café o una cerveza tras la firma, allí mismo, en uno de los atestados bares del caluroso recinto de la feria, pero cuando Álvaro estuvo a su lado apenas podía disimular su nerviosismo y en lugar de hablarle se quedó mirándolo. Álvaro llevaba una camisa blanca que había remangado hasta la mitad del antebrazo, haciendo resaltar más aún el bronceado de su piel y la fortaleza de sus brazos. Tomó el libro que le tendía y torpemente buscó la siguiente página en la que escribir una nueva dedicatoria. Reparó entonces en la nota de su teléfono y en la caligrafía firme y segura de Álvaro, que bajo la sucesión de números había escrito «Aún no».

Sin preocuparse por que alguien pudiera oírle buscó sus ojos y preguntó desesperado:

—¿Cuándo?

Álvaro esperó en silencio sosteniéndole la mirada hasta que Manuel, vencido, la bajó, garrapateó una firma y le tendió el libro, desencantado y un poco enfadado.

Le gustaban los juegos tanto como a cualquiera, la seducción aplazada tenía una esencia de taoísmo, de placer en reserva, que le atraía de un modo extraordinario. Pero la actitud de Álvaro le desconcertaba. No había en su proceder avance alguno. Cada mañana, cada tarde, se limitaba a guardar cola, esperar paciente como cualquier otro lector para llegar hasta él con el único objetivo de obtener una firma.

Decidido a no seguirle el juego, el resto del fin de sema-



na se limitó a estampar su rúbrica cada vez en una página distinta y a tenderle el libro con la misma amabilidad de la primera vez, con la misma sonrisa que tenía para cada lector, sin dejarse enredar en su juego. Al final de aquel domingo ya había decidido que sólo era una especie de acosador, un fan loco o un coleccionista de autógrafos.

El último fin de semana casi alcanzaba mediados de junio, la avenida central del parque del Retiro se derretía bajo los pies de los visitantes, que no cesaban. Firmó toda la mañana y toda la tarde del sábado sin que Álvaro apareciera. Cuando al final de la mañana del domingo estuvo seguro de que tampoco vendría, una oscura sensación de vacío comenzó a crecer en su estómago. La editorial había organizado una comida de despedida en un restaurante cercano al parque, y Manuel apenas pudo probar bocado mientras trataba de seguir las conversaciones que en su mayor parte eran anécdotas de las firmas de los otros escritores. La responsable de prensa se le acercó al final de la comida.

—Manuel, tienes mala cara, ¿estás demasiado cansado? Has firmado todos los fines de semana. —Sacando un inmenso pliego de papel consultó—: Te toca firmar en la librería Lee. Si te encuentras mal, te disculparé, son muy majos y lo entenderán, es tu última firma y ya sólo quedan los rezagados.

Acudió a la firma. El calor de la tarde de junio aplastaba las casetas metálicas. Los libreros dejaban las puertas traseras abiertas en un intento infructuoso de crear alguna corriente que permitiera respirar. Pero el calor no parecía afectar a los visitantes de la feria, que, como una gran criatura viva, reptaban entre las casetas arrastrando su algarabía y su calor. A las ocho parecía que el parque explotaría de gente y a las nueve apenas quedaba nadie. La gente fue de pronto sustituida por montones de operarios que desmontaban los bares y cargaban las máquinas expendedoras en las traseras abiertas de camiones y furgonetas. A diferencia de los demás días, los libros no habían bajado las persianas de sus puestos y alrededor se apilaban docenas de cajas de cartón en las que se afana-

ban en recoger la que había sido una extensión de su tienda mientras había durado la feria.

Se rezagó despidiéndose de sus anfitriones, felicitándose por la buena marcha de la feria, que por tercer año consecutivo batía sus marcas de ventas... Después ya no le quedaron excusas para continuar allí. Salió de entre las casetas y buscó el banco más cercano desde donde pudiera seguir contemplando el pasillo central y la actividad de los que desmontaban los puestos.

Álvaro se sentó a su lado.

—Temí no llegar a tiempo —se disculpó sonriendo—. Es una suerte que todavía estés aquí.

El corazón le latía tan fuerte que sintió la sangre agolpada en su cuello y no estuvo seguro de si la voz le saldría.

—Espero a mi jefa de prensa —mintió.

Álvaro se ladeó para mirarle a los ojos.

—Manuel, tu jefa de prensa se ha ido hace rato, me crucé con ella y con un grupo de autores que salían del parque cuando yo llegaba.

Manuel asintió lentamente y sonrió.

—Es cierto.

—¿Y la verdad es...? —Sus ojos conservaban toda la frescura del chaval que había sido, del reto y la seguridad de un chico cuya mirada reconocería muchos años después en una foto.

—La verdad es que esperaba volver a verte —admitió.

—¿Me lo firmas? —dijo tendiéndole de nuevo el libro.

Manuel le miró sonriendo. Ya estaba. ¿Qué propósito tenía aquello? Se lo preguntó.

—Tendrás que seguir firmándomelo hasta que vuelvas a escribir otro como éste.